

TRANSATLÁNTICO

Celebraron el cumpleaños de Eduardo los tres juntos, como siempre. Estaba nublado y hacia viento. Después salió el sol. Habían pasado unos cuantos años desde aquella otra celebración. Eduardo estaba muy atractivo, con su sonrisa embaucadora. La familia al completo, muchos amigos. El salón era grande. Desde la terraza las luces de la bahía no iban a tardar en aparecer.

—Muchas gracias a todos por este cumpleaños, y en especial a mi hermano Luis que sé que lo ha preparado todo...

Al lado de Eduardo estaba también su hermano menor, Jaime, un tanto ajeno a la celebración. Eduardo se había puesto en la solapa la insignia de ingeniero de su padre, que le había regalado su madre poco antes de morir. Ella lo llevaba siempre. Algunos amigos, que la habían conocido bien, le comentaron ese detalle que tuvo en recuerdo de ella y de su padre. Él se había ocupado de la herencia, sabía hacerlo, además de ser el primogénito. Era lógico que se hubiera quedado con la mejor parte, para eso se había ocupado siempre de toda la familia. Luis guardó silencio. Jaime no consiguió reunir argumentos y terminó aceptando.

Después de apagar las velas, las botellas de champán había caído una tras otra. Todos estaban contentos, en especial Eduardo que se sentía muy alegre. Sabía que su hermano Luis le admiraba porque los éxitos le habían acompañado en la vida. La empresa había crecido, los clientes eran importantes, el chalet se lo construyó un arquitecto de fama, la belleza de su esposa era la envidia de muchos, su hijo era el mejor estudiante de la clase.

Luis le ayudó a montar su casa, tenía buen gusto. Él no hubiera puesto nunca aquellos muebles pero se dejó. A Eduardo le gustaba contar anécdotas de su otro hermano, Jaime, de cuando eran pequeños. Entonces se llevaban muy bien, salían juntos a todas partes, nunca se separaban. Eso fue hace tiempo.

Eduardo era un tipo alto y de buena facha. Aquel día, hacía ya años, se fijó en su otro hermano, Luis, y sus dificultades para desenvolverse. Decidió ocuparse de él, mostrarle la vida. Y se hicieron inseparables. Jaime sabría apañárselas solo, pensó.

Así era Eduardo, impulsivo, inteligente, capaz. Economía en Inglaterra, master en Cambridge, gerente, director de empresas de primera línea, hasta que decidió montar su propia empresa, seguro de sí mismo, arrollador.

Lo de Luis no era solo admiración por su hermano. Envidiaba esa actitud de Eduardo como si no se tomara en serio a sí mismo, como si estuviera por encima de eso. No había conseguido llegar donde él. Pero le gustaba ser el preferido de su hermano mayor.

Sin embargo, recientemente había sabido que su empresa pasaba por apuros, que el tren de vida que llevaba su hermano tenía un poco de fachada.

Estaban sentados en las hamacas de la terraza, casi todos se habían ido. Eduardo bebió un sorbo de su, ¿era la octava?, copa de champán y le dijo a Luis que estaba a su lado:

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—He tenido muy buenos amigos desde que tenía quince años, muy buenos.

—Yo, no tantos.

—Porque no quisiste

—Creo que ya es tarde para mí.

—¿Recuerdas cuando decidí que vinieras conmigo? Sabía que Jaime iba a ser capaz de ocuparse de sí mismo.

—Sí.

—Lo pasamos muy bien juntos en aquellas juergas.

—Sí, pero tú eras siempre la estrella

Luis cerró los ojos y se dejó llevar por la modorra. Se oía solo el murmullo de puerto a lo lejos. Eduardo siguió viendo la panorámica desde la terraza. Sentía que había envejeci-

do. Que ya no era el de entonces. Las cosas no estaban siendo como él esperaba. Pensó que el pobre Luis no tenía ni idea de nada.

Llegó la primavera. Estaban en casa de los Prieto. Al borde del mar, sobre la bahía. Una mansión, un jardín floreciente. Él era el presidente de Sánchez-Costas y Prieto un bufete de más de trescientos empleados. Sus negocios se extendían por toda Europa y especialmente por Latinoamérica.

A Eduardo y su esposa les acompaña, como siempre, su inseparable hermano Luis. Su matrimonio había fracasado y su trabajo de escritor no había salido adelante. Se conformaba con sus clases de profesor asociado en la Universidad. También estaba allí su hermano Jaime, no tenía pareja conocida, vivía solo en un pequeño apartamento de las afueras. Se sentía cohibido en aquel ambiente. Asumía, sin embargo, esa condición tímida de hermano menor.

—Eduardo, de aquel negocio de petróleo en Venezuela sacaste un buen beneficio, ¿no? —dijo Prieto.

—Pues la verdad es que sí, aunque tuvimos que hacer algunos arreglos.

—¿Algunos arreglos? —preguntó inocente Luis.

—Pues sí chico, si hay que poner pasta a algún ministro para que facilite las cosas pues se pone, ¿no? —contestó Eduardo.

—Eso huele a corrupción, me parece —dijo tímidamente Jaime.

—No sé, no te creas Jaime, son cosas que pasan a diario —dijo Luis en voz baja.

Todo el mundo asintió, se formó una especie de murmullo de defensa de la manera de tratar los negocios de Eduardo. Había un acuerdo general sobre esas “artes de negociar”.

—Yo nunca pagaría a corruptos para hacer negocios —dijo entonces Jaime—. Jamás. —Su rostro adquiría una dureza especial cuando hablaba delante de la gente, para vencer su falta de energía, quizás—. Y jamás dejaría de ser honrado y fiel a mis principios.

—Creo que lo serías —dijo Luis.

—Tampoco le quitaría la herencia a un hermano —dijo Jaime.

—Él lo hizo porque sabía que eso era lo justo —dijo Luis titubeando.

—Ya sabes, hermano, que yo me ocupé de nuestra madre cuando murió papá —dijo Eduardo.

—Sí, pero eso no te daba derecho a quedarte con casi todo, lo de ella y lo de nuestro padre. Al menos no pudiste evitar que nos asignaran la legítima.

—Hice lo que era justo.

—¿Lo justo? ¡Pero si nos desheredaste!

—Así lo dispuso nuestra madre.

—Claro, eso fue lo que venía en el testamento, pero ¿quién redactó ese testamento?

—Fui yo, pero ella estaba de acuerdo.

—¿Y tu crees que dos días antes de su muerte, agonizando, se iba a dar cuenta de lo que firmaba?

—Jaime, no digas esas cosas, y sobre todo, aquí delante de tantos amigos —respondió Luis muy nervioso.

—Y además, Eduardo, ¿sabes lo que hiciste conmigo?

—No sé a qué te refieres, Jaime.

—Me cambiaste por Luis. Sí, me cambiaste por Luis. Tu eras mi hermano mayor, me protegías, me ayudabas, estabas conmigo.

—Pero, ¿qué dices Jaime? —contestó Eduardo irritado.

—Papá no me hacía ni caso y tú te ocupabas de mí. Y un día decidiste que yo no era nadie. Solo tenías ojos para Luis. Dejé de existir. Me quedé...

—Jaime, Jaime, no te pongas así, ¿qué te ha pasado? —dijo Luis.

—¿Qué que me ha pasado? Que estoy hasta los cojones de esta farsa y de este trato de nuestro querido hermano Eduardo, el mayor, el primogénito, el guaperas de la casa, el protegido de mamá. El que se cree todo y no es nada.

—No sé de qué estás hablando Jaime. Has bebido demasiado. No coordinas —dijo Eduardo despreciativo.

—¿Qué he bebido? Bueno, sí, ¡he bebido! ¿Y qué? —dijo Luis fuera de sí. —Y tú Luis, a la sombra de nuestro hermano, siempre detrás, siempre complaciéndole, siempre riéndole las gracias. A ti te ha utilizado, no te creas.

—¿A mí? Pero, ¿qué dices?

—¿Es que acaso no te has enterado lo que ha hecho Eduardo con “nuestro” dinero? Sí, con nuestro dinero, con el que nos correspondía. Negocios turbios, pagando eso que los mejicanos llaman mordidas, a diestro y siniestro. Sí, ¡mordidas!

Luis era ya un torrente de reproches. Todos estaban atónitos. Nadie se atrevía a decir nada en esta disputa familiar. A la mujer de Eduardo, paralizada, se le estaba abriendo un mundo diferente.

—Luis, coño, que hace rato que te estás pasando. Y pasando mucho —dijo Eduardo sin saber qué hacer con un vaso de güisqui que tenía en la mano.

—Y no has dudado en poner pasta para que concejales, alcaldes y hasta ministros favorecieran tus negocios, ¿es que crees que soy ciego? —siguió Luis— ¡Y esa pasta era nuestra! La que ahorró nuestro padre con mucho esfuerzo. ¡La que tú te quedaste!

Algo ocurría: Eduardo se estaba quedando sin habla, una sensación parecida a la náusea en el pecho. Su hermano estaba removiendo lo más íntimo de su pasado. Se daba cuenta de que había un fundamento en lo que le decía Jaime.

Luis estaba nervioso. ¿Ese era su hermano Eduardo? Ahora entendía de donde venía tanto lujo. Su hermano, su hermano Eduardo, ¡por Dios!...

El mar lanzaba destellos de luna. Las luces de la bahía tintineaban despacio. Eduardo finalmente lo vio. Estaba al borde del jardín, de pie, en la parte más alejada de la casa. Un halo de luz desde la puerta del salón iluminaba las sombras. Se acercó a Luis con paso tambaleante. Vio que tenía la mirada fija en el horizonte. Se paró a unos metros de él.

—¿Qué estás mirando? —preguntó al fin.

Luis no respondió. No tenía intención de responder. Y luego:

—El trasatlántico *Andrea Doria* —dijo—. Salía en la prensa. Se supone que hoy es el único día del año que llega a este puerto. Será esta noche.

Hubo un silencio.

—No veo ningún trasatlántico —dijo Eduardo.

—¿No?

—¿Dónde está?

—Justo ahí, en el horizonte, está llegando —señaló él—. No se distingue porque avanza entre otros barcos, pero tiene la derrota adecuada. —Luis conoce bien las rutas y los sistemas de navegación. Sabe que el *Andrea Doria* surgirá por allí, por el suroeste.

—Vamos, ya lo mirarás mañana —dijo Eduardo dándole una palmadita en la espalda.

—Mañana no llegará al puerto por la noche. Ya se habrá ido de nuevo al mediodía.

—Vamos, es tarde, marchémonos.

Luis no se movió, se quedó allí contemplando el mar. Sintió las pisadas de su hermano sobre el camino de grava del jardín cuando se alejaban. Miró hacia atrás y vio como entraba en la casa. Una ráfaga de brisa cerró despacio la puerta tras él. Todo quedó a oscuras.